

— Señor, dijo Oven detrás del caballero, los caballos están dispuestos.

— Bien, respondió Gastón; voy á tomar un vaso de vino, y marcharemos.

Gastón saludó por última vez á las dos damas, y el coche emprendió su marcha, mientras Chanlay subía á su cuarto y con gran admiración de su lacayo se hacía servir otra botella, porque la segunda había desaparecido como la primera: verdad es que del contenido de las tres no había bebido en todo vaso y medio.

Esta nueva detención le hizo ganar un cuarto de hora, al cabo del cuál, no viendo ningún motivo para permanecer en Oudón, y teniendo casi tanta prisa de marchar como Ovén, montó á caballo y partió seguido de aquél.

Apenas habrían andado un cuarto de legua, cuando al volver un recodo del camino vieron á cincuenta pasos de ellos el coche verde y negro atascado en un bache, después de haber roto el hielo que lo cubría. Á pesar de los esfuerzos que hacía el jardinero para levantar la rueda, y de las exhortaciones del postillón á los caballos, acompañadas de latigazos, el carruaje permanecía inmóvil.

Este accidente había sido, á no dudarlo, dispuesto por la Providencia, Gastón no podía dejar á dos damas solas en semejante trance, sobre todo cuando el jardinero, viendo á su paisano Ovén, que hasta entonces no le había conocido bajo aquel

capote de monte, le pidió por favor que le ayudara. El caballero y su lacayo echaron pie á tierra, y como la buena religiosa Agustina tenia mucho miedo, abrieron la portezuela para que se apeasen ambas damas, sacando en seguida el coche del atasco con el poderoso auxilio de Gastón y Ovén, después de lo cual, volviendo á subir, continuaron su camino.

Pero el conocimiento estaba hecho, y comenzaba por un servicio prestado, motivo suficiente para poner al caballero en una excelente posición. Adelantábase la noche, y Sor Teresa había preguntado á Gastón si el camino era seguro: la pobre religiosa, que jamás había salido de su convento, creía los caminos reales infestados de salteadores. Chanlay se guardó muy bien de tranquilizarla enteramente tocante á este punto, y únicamente le dijo, que como hacía la misma jornada que ellas, y contaba detenerse en Ancenis, él y su criado escoltarian el coche hasta allí. Semejante oferta tranquilizó á la buena Sor Teresa, que la aceptó sin vacilar como un generoso obsequio.

En esta comedia desempeñó Elena admirablemente su papel, lo que prueba que una doncella, por sencilla y candorosa que sea, tiene en si misma el instinto del disimulo, que sólo espera una ocasión oportuna para desarrollarse.

Prosiguieron su camino en dirección á Ancenis, y como era estrecho, escabroso y resbaladizo, y

la noche se acercara, Gastón continuó colocado junto á la portezuela, facilitando este incidente el que Sor Teresa le hiciese varias preguntas. Entonces supo que el joven se llamaba el caballero de Livry, y que era hermano de una de las educandas más queridas de las Agustinas, de cuyo convento había salido hacía tres años para casarse con Montlouis; con tal recomendación, Sor Teresa no vió ya ningún inconveniente en aceptar la escolta del caballero, cuya opinión se guardó muy bien Elena de combatir.

Detuviéronse en Ancenis, según antes habían anunciado. Gastón, siempre con la misma atención y disimulo, ofreció la mano á las dos damas para bajar del coche. El jardinero confirmó cuanto Gastón había dicho acerca de su parentesco con la señorita de Livry, de modo que Sor Teresa, lejos de concebir ninguna sospecha, tenía á Gastón por uno de los más cumplidos y corteses caballeros, porque no se acercaba ni se alejaba jamás sino haciendo profundas reverencias.

Así, á la mañana siguiente experimentó una grande alegría, cuando al subir al coche encontró ya á caballo á Gastón y á su criado en el patio de la posada. Juzgamos casi ocioso decir que el caballero se apcó y con las reverencias de costumbre ofreció la mano á ambas damas. Al tiempo de llenar este galante deber con Elena, le entregó disimuladamente un billetito, manifestándole una rápida

mirada de la joven que aquella misma noche obtendría la respuesta.

El camino estaba en peor estado que el de la víspera, y como en este caso era mayor la necesidad de auxilio, Gastón no se separó ni un solo instante del coche. Á cada momento se atascaban las ruedas en un bache, y era preciso ayudar al postillón y al jardinero; otras veces se encontraba una cuesta bastante pendiente, y era indispensable que las damas se apeasen: así la pobre religiosa no sabía cómo expresar su agradecimiento á Gastón. « ¡Dios mío! decía de cuando en cuando dirigiéndose á Elena, ¡qué hubiera sido de nosotras si su Divina Majestad no hubiese enviado á nuestro socorro á este excelente caballero! »

Por la noche, poco antes de llegar á Angers, Gastón preguntó á las damas cuál era la posada donde pensaban apearse. La Agustina consultó un librito en el cual estaban señalados de antemano los puntos donde debían parar, y respondió que irían á apearse á la posada del *Candelero de oro*. Casualmente era la misma en que solía quedarse el caballero; por lo tanto, dispuso que Ovén se adelantase á tomar cuartos.

Al llegar, Gastón recibió un billete que Elena había escrito durante la comida, y que le dió al bajar del carruaje. ¡Ah! la pobre niña había ya olvidado todo lo que ella y su amante habían repetido en la noche de la entrevista por la reja:

hablaba de su amor como si debiese durar eternamente, y de su felicidad como si no tuviese por término el fin de su viaje.

Pero Gastón leyó la carta con profunda tristeza: no se hacía ilusiones; veía el porvenir como era en realidad, es decir, desesperado. Ligado como estaba por su juramento á una conspiración, enviado á París para cumplir una misión terrible, no tomaba la felicidad que entonces se le ofrecía sino como una suspensión de la desgracia; mas ésta estaba siempre allí al fin de aquel momento de satisfacción, tremenda y amenazadora.

No obstante, había ratos en el día en que todo esto se olvidaba; eran los en que Gastón iba á la portezuela del coche, ó daba el brazo á Elena para subir alguna penosa cuesta. Los dos amantes se dirigían entonces miradas tan tiernas, que el corazón se les deshacía de felicidad. Trocábanse entre ambos palabras que sólo ellos comprendían y que eran promesas de amor eterno. Iluminaban el rostro de Elena sonrisas celestiales, que por instantes abrían el paraíso al pobre caballero. A cada momento la joven asomaba su linda cabeza por la portezuela como para mirar al monte ó al valle; pero Gastón sabía muy bien que sólo á él miraba su amada, y que los montes y los valles, por pintorescos que fuesen, no habrían dado á sus ojos tan dulce languidez.

En el punto á que habían llegado sus relaciones

con las viajeras, Gastón tenía mil motivos para no separarse del carruaje, y supo aprovecharse de ellos. Éstos eran para el infortunado los primeros y últimos goces de su vida; maldecía su destino, que después de haberle dejado gustar por una vez la felicidad, le iba á privar de ella para siempre; olvidaba que era él mismo quien se había comprometido en la conspiración que en aquel instante le envolvía y estrechaba por doquier, obligándole á seguir el camino que conducía á la expatriación ó al cadalso; mientras que por el contrario, apartándose de él, descubría otro risueño y hermoso que le hubiera llevado directamente y sin obstáculo al templo de la dicha. Verdad es que al entrar en aquella conjuración fatal no conocía á Elena, se creía solo en el mundo, y el pobre insensato á los veintidos años pensó que la tierra le había negado para siempre sus goces, y privado de sus placeres. Un día vió á Elena, y desde aquel momento el mundo le pareció como era verdaderamente, es decir, lleno de promesas para el que sabe aguardar su cumplimiento, lleno de recompensas para el que sabe merecerlas. Pero ya era muy tarde; Gastón había penetrado en una senda que no le dejaba posibilidad de volverse atrás; era necesario ir adelante, y esperar el éxito, cualquiera que fuese, dichoso ó fatal, pero seguramente sangriento de la conjuración.

Así, en aquellos últimos instantes de felicidad

TOMO I.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

que le eran dados, nada era indiferente para el desventurado caballero; ni un apretón de mano, ni una palabra de los labios de su amada, ni un suspiro de su corazón, ni el contacto de sus pies por debajo de la mesa, ni el roce de su vestido al subir al coche, ni el dulce peso de su cuerpo cuando bajaba.

En todo esto, como puede creerse naturalmente, Oven era olvidado, y las sospechas que se habían introducido en el ánimo de Gastón en un acceso de mal humor, se disiparon como las sombrías aves de la noche huyen á la venida del día. Gastón no vió, pues, que desde Oudón á Mans había hablado Oven con otros dos hombres parecidos al que encontraron el primer día, y que, como aquél, tomaron el camino de París.

Pero Oven, que no estaba enamorado de Elena, nada perdía de cuanto pasaba entre los dos amantes.

Sin embargo, á medida que se adelantaban, Gastón iba poniéndose más triste, porque no contaba ya el tiempo por días sino por horas; hacía una semana que viajaban, y por despacio que fuesen, al fin tenían que llegar. Cuando al entrar en la posada de Chartres, la dueña de ésta, interrogada por sor Teresa acerca de la distancia que faltaba desde allí al término de su viaje, respondió con voz sonora é indiferente: «Mañana, con poca prisa que os déis, podréis llegar á Rambouillet,» creyó Gastón que

era como si hubiera dicho: mañana os separaréis de ella para siempre.

Elena notó la impresión profunda que estas pocas palabras hicieron en Gastón! púsose éste tan pálido, que la joven dió un paso hacia él preguntándole si se hallaba indispuerto; pero el caballero la tranquilizó con una triste sonrisa, que daba á entender cuál era la verdadera causa de su dolor.

Entretanto la joven tenía sus dudas. ¡ Ah ! la pobre niña amaba como las mujeres que verdaderamente aman, es decir, con la fuerza ó más bien con la debilidad suficiente para sacrificarlo todo al amor: no comprendía cómo un hombre no hallaba un medio de combatir la injusta voluntad del destino que los separaba. Aunque las puertas del convento estaban cerradas para esos libros desmoralizadores de la juventud, que se llaman novelas, algunos volúmenes descabalados de la *Clelia* y del *Gran Ciro* habían llegado hasta ella, leyendo cómo los caballeros y las damas de los tiempos antiguos salían del paso en circunstancias semejantes; esto es, huyendo de sus perseguidores y buscando algún venerable ermitaño que los casaba bienamente delante de una tosea cruz de madera y de un altar de piedra. Á veces también era necesario para arrancar á la doncella del poder de sus tiranos, sobornar guardias, derribar murallas, matar eneantadores ó gigantes, lo cual no era cosa fácil, y que siempre se verificaba con mucha gloria del amante que-

rido. Ahora bien, en la actualidad nada de esto se oponía á su fuga ; no había más guardias que seducir que la pobre y tímida religiosa, ni más muralla que echar abajo que la débil portezuela de un coche, ni más encantador ó gigante que el jardinero, que á la verdad no parecía muy temible, y que por otra parte, si debía darse crédito á la historia de la llave, estaba dispuesto á servirles.

Elena no comprendía esa sumisión pasiva á los decretos de la Providencia, y en su interior hubiera querido ver al caballero hacer alguna cosa por luchar contra ellos.

Pero Elena era injusta con Gastón : las mismas ideas, preciso es confesarlo, se le habían ocurrido á él, y le atormentaban cruelmente. Adivinaba en las miradas de la joven, que una sola palabra suya bastaría para que le siguiera al fin del mundo. Tenía su maleta llena de oro : una noche, en vez de acostarse, podría Elena bajar, subir ambos á una verdadera silla de posta, y caminar como se hace en todos tiempos cuando se paga bien ; en dos días podrían llegar á la frontera, atravesarla y vivir libres y felices, no por una hora, por un mes, ni por año, sino por siempre.

Si ; pero había una palabra de por medio que se oponía á todo esto ; una reunión de letras que á los ojos de ciertos hombres representan algo, y en concepto de otros, nada : esta palabra era la siguiente : *honor*.

Gastón había empeñado su palabra ante cuatro hombres de honor como él. Estos cuatro hombres se llamaban, Pontcalec, Montlouis, de Couëdic y Talhouët, y quedaría deshonrado si no la cumplierse.

Por esto el caballero estaba decidido á sufrir su desgracia en toda su extensión ; pero á cumplir su palabra. Es cierto que cada vez que alcanzaba esta victoria sobre sí mismo, un dolor punzante le desgarraba el corazón.

En uno de estos combates, y en el momento en que acababa de vencerse, le había mirado Elena, y le vió ponerse tan pálido, que creyó iba á morir.

Así, ella esperaba que aquella misma noche Gastón haría algo, ó por lo menos hablaría ; porque aquella noche era la última : pero, con grande asombro suyo, Gastón no habló ni hizo nada, y Elena se acostó con el corazón angustiado y las lágrimas en los ojos, convencida de que no era amada como ella amaba.

Mas sin embargo, se engañaba ; porque Gastón aquella noche no se acostó, y al día siguiente estaba más pálido y desenchajado que nunca.

De Chartres, donde, como hemos dicho, pasaron la noche tristes y llorosos los dos amantes, salieron por la mañana para Rambouillet, término del viaje de Elena. En Chartres había también hablado Oven con uno de los hombres vestidos de gris, que parecían centinelas colocados en el camino ; y más contento que nunca por hallarse en fin cerca de Paris,

que tanto deseaba ver, apresuraba la marcha del convoy.

Almorzaron en una aldea; el almuerzo fué silencioso: la religiosa Agustina pensaba que por la noche volvería á tomar el camino de su querido convento; Elena creía que Gastón se decidiría antes de que fuese demasiado tarde, y Gastón reflexionaba que aquella misma noche iba á quedar privado de la dulce compañía de su amada para entrar en la terrible sociedad de hombres misteriosos y desconocidos, á quienes una empresa fatal iba á ligarle para siempre.

Á las tres de la tarde llegaron á una cuesta tan pendiente, que fué preciso apearse. Gastón ofreció su brazo á Elena; la Agustina tomó el del jardinero, y comenzaron á subir aquella. Los amantes iban, pues, el uno al lado del otro; y sus corazones parecían que querían salirse del pecho. Elena, silenciosa, sentía correr las lágrimas por sus mejillas; Gastón estaba como abrumado bajo un enorme peso, y no lloraba, á pesar de los muchos deseos que tenía, porque con el pretexto de que era hombre, no se atrevía á hacerlo.

Ambos amantes llegaron los primeros á lo alto de la cuesta, y allí, tendiendo su vista por el horizonte, vieron enfrente de ellos un campanario al rededor del cual se hallaban agrupadas bastantes casas, como las ovejas en torno de un pastor.

Aquel era Rambouillet; nadie se lo dijo, y sin

embargo, los dos lo adivinaron al mismo tiempo.

Gastón, aunque con el corazón más oprimido, puesto que no lloraba, rompió primero el silencio.

— Allá abajo, dijo extendiendo la mano en dirección al campanario, van á separarse nuestros destinos tal vez para siempre. ¡Oh! Elena, yo os lo suplico; conservad mi memoria, y cualesquiera que sean los acontecimientos que sobrevengan, no la maldigáis jamás.

— No me habláis sino de cosas desesperadas, amigo mio, respondió Elena: tengo necesidad de valor, y en lugar de dármele me destrozáis el corazón. ¡Dios mio! ¿no tenéis nada que decirme que me cause á lo menos un poco de alegría? El presente es terrible, ya lo sé; ¿pero será igual el porvenir? Al cabo, el porvenir constituye para nosotros muchos años: somos jóvenes y nos amamos; ¿no existe acaso algún medio para luchar con el hado fatal que nos persigue? ¡Oh Gastón! yo siento en mí una fuerza inmensa, y si vos me dijeseis... pero soy una insensata; yo soy quien sufrè, y yo la que consuelo.

— Os comprendo, Elena, respondió Gastón moviendo la cabeza: me pedís una promesa, nada más que una promesa, ¿no es verdad? Pues bien, mirad si soy desgraciado; yo no puedo prometeros nada: me pedís que espere, y yo desespero: si tuviese tan solo, no digo veinte, ni diez, un año mio, os le ofrecería, Elena, y me reputaría feliz.

Pero no sucede así; desde el momento en que os deje, me perdéis y os pierdo. Desde mañana ya no soy dueño de mí persona.

— ¡ Desdichado! exclamó Elena tomando estas palabras en su sentido literal, ¿ me habréis engañado diciéndome que me amabais? ¿ Tendriais dada palabra á otra mujer?

— Pobre querida mía, repuso Gastón; sobre ese punto, al menos, puedo tranquilizaros: no tengo otros amores que los vuestros, ni he dado á ninguna sino á vos palabra de esposo.

— Entonces, todavía podemos ser felices. Gastón, si yo alcanzara de mi nueva familia que os considerase como mi marido...

— ¡ Elena! ¿ no veis que cada una de vuestras palabras me parte el corazón?

— ¡ Pero al menos decidme alguna cosa!

— Elena, hay deberes á los cuales es imposible sustraerse, lazos que no se pueden romper.

— Ignoro cuáles sean, replicó la joven. Á mi me prometen una familia, riquezas, un nombre; pues bien, decid una palabra, Gastón, decidla, y lo abandono todo. ¿ Por qué no habiais vos de hacer otro tanto?

Gastón bajó la cabeza sin responder. En aquel momento les alcanzó la hermana Agustina; la noche empezaba á tender su negro manto, por cuyo motivo sor Teresa no pudo advertir la alteración del semblante de los dos jóvenes.

Las damas volvieron al coche, el jardinero subió á su pescante, y Gastón y Ovén montaron á caballo, continuando todos su marcha para llegar á Rambouillet.

Á una legua de la población la religiosa Agustina llamó á Gastón, el cual se acercó otra vez á la portezuela.

Era para decirle que, como acaso saldrían á esperar á Elena, no era regular que sus parientes viesen que la acompañaban extraños, y hombres sobre todo, lo cual podría disgustarles. Gastón también había pensado en esto, pero sin atreverse á decirlo. Se aproximó pues un poco más. Elena esperaba... ¿ el qué? Ni ella misma lo sabía. Esperaba que el pesar arrastraría á Gastón á cualquier extremo... Pero Gastón se contentó con hacer profunda reverencia, dió gracias á las damas por haberle permitido acompañarlas, y se dispuso á marchar.

Elena no era una mujer común, y pudo conocer en el semblante del caballero, que llevaba la muerte en el corazón.

— ¿ Os despedís por fin, ó nos volveremos á ver? dijo resueltamente.

El joven dió otro paso más hacia Elena, y repitió con agitado acento: « Nos volveremos á ver, señorita, si me dispensáis ese honor. » Dicho esto, picó espuelas al caballo y se alejó al trote largo.